

POLÍTICA Y HUMANISMO (A PROPÓSITO DEL FRACASO DEL PENSAMIENTO POLÍTICO)

Otilio Flores Corrales

Confucio dijo:
*Es el hombre el que ensancha el camino y no el
camino el que ensancha al hombre.*

El título de este trabajo congrega a tres elementos que no siempre han significado sinonimidad: *política, humanismo y pensamiento político*. Cada noción obedece a una historicidad conceptual en su nivel de categoría, y este breve ensayo pretende esclarecer, problematizar y fundir tales significados para pensar el grado de eficacia del pensamiento político en las realidades políticas que dan testimonios de los tiempos vividos o, en suma, del fracaso de la razón y del pensamiento político en las estructuras mentales Occidentales.

Política, es un juego entre inteligencias. Sin duda, se trata de un juego entre interlocutores; la política nace con el dia-logos; política implica más de *uno* solo; política es construcción del *otro*, es un querer entender, es inclinación por el entendimiento del discurso, de las razones ajenas. Sin el “*otro*”, la política no existe.

La política no es la ciencia política. La ciencia política estudia al fenómeno político, a las teorías políticas, ergo esta “ciencia” no es el fenómeno mismo de lo político ni la teoría política en sí. La política es un oficio, una práctica y una especulación. Y como oficio se delimita en el marco de la formación de la toma de decisiones y del ejercicio del poder mismo; como práctica descansa en la *palabra* que ésta, a su vez, reposa en la capacidad de acción en hechos concretos y reales para sopesarla como política rebasando a la oratoria y al ordenamiento estricto jurídico; como especulación —y raíz fundamental de la política en sí—, está en las estructuras mentales de los pueblos y de sus capacidades de resolución de problemas.

Tá politiká, así se acuñará el concepto en la época socrática según testimonio de Platón. Pero su nacimiento es más antiguo; su radical lo encontramos ya en Homero y seguramente se usó en lenguajes prehoméricos para designar al que vivía sometido en las esferas de poder de algún dios. Palabra antigua no heredada como forma mitológica como otros de los grandes conceptos que sí heredamos de aquello divino y que recayeron en oficios humanos como *Diké* (la justicia) o *Kronós* (el tiempo). Palabra antigua (con raíz *pol*) que jamás designó figura divina, y sí, desde el comienzo de su génesis, sólo artefacto humano.

Bajo el léxico aristotélico la palabra usada para designar al oficio (y ya al oficio pensado) será (*jé*) *pelitiké* y tendrá un significado distinto al que le diera Platón. El vocablo, pues, desde sus orígenes ha cambiado constantemente según épocas, sitios y autores, convocando a pensar que no es sólo el concepto el que cambia, sino su representación, aunque no necesariamente su esencia. No se trata aquí de hacer una historia de la noción de “la política”, sólo señalo que el concepto es múltiple pero que, bajo los esquemas de las categorías y los conceptos, esta función de “la política”, puede ser pensada como tal en el mundo clásico o moderno bajo esquemas y lenguajes francos para poder entendernos y saber de qué estamos hablando cuando nos referimos a la política en rigor.

En el mundo anglosajón contemporáneo *la política*, como concepción, tiene básicamente el sentido de *Policy* y de *Politics*, concibiendo a la primera como lineamientos a seguir, y la segunda como acción de artimaña,

astucia o inteligencia. Baste decir que en este ensayo no me inclinaré a desarticular y pensar a la primera cuestión (que se asemeja más en nuestro idioma a *administración pública* que a *real politik*). Política es más que administrar, de hecho, no es administrar ni organizar, sino dirigir, decidir bajo las esferas de la negociación o de la diplomacia, porque tampoco política es ordenar. Política es búsqueda de consensos, propiciamiento de equilibrios.

Por otro lado, el *Humanismo* no es sólo lo que concierne al Hombre y a lo humano, sino a todo lo que se hace humano y del hombre con el Verbo o, como diría Juan —por supuesto, el de los evangelios—, con el lógos.

El Humanismo no es una escuela, ni necesariamente es Humanidades. Aunque mucho del Humanismo encuentre sus características ahí. El Humanismo fundamenta sus problemas en los de la humanidad, y da razón de ser así a las humanidades de cada época, de cada meridiano en los ciclos de la Historia.¹ Por tanto, el Humanismo no es un Modismo. Sea acaso una vocación posible inmanente del ser Hombre, del constituirse y educarse Hombre. Es factible entender al *Humanismo como contacto entre el hombre y el mundo*, entre el *yo* y el *otro*, fundamentando y dando razón de ser a la concepción de la política, de la civilidad y de la concordia ahí donde existen problemas.

El *humanismo como categoría política*, es la aceptación y tolerancia de la multiplicidad de argumentos y de *logoi* que existen frente a un fenómeno histórico. Por tanto, este humanismo político del que hablo posibilita senderos distintos de verdad (sendero antigriego por excelencia). Verdad entendida no como el *veritas* latino, sino, en rigor, bajo su significado griego de *alétheia*. Pero la vocación de verdad reposa más bien en el humanista y no en el objeto, sujeto que es finalmente quien forma y conforma al humanismo, a los humanismos y a los fundamentos de los regímenes democráticos o sociedades abiertas antisectarias. El humanismo no es —en el idioma de Goethe— el *Geist* o Espíritu hegeliano, sino el

¹ Historia concebida como tránsitos de la conciencia de los pueblos, y no como un orden cronológico de fechas.

proceso que culmina con el *a priori* kantiano en términos modernos. O más aún si quiere, en el proceso mismo de *alétheia* griega.

El humanismo tiene diversas formas de ser, de expresarse y así como también hay diferentes formas de asumir la vida, hay también varias formas de ser hombre y de ser humanista. Cada vía es una tentativa a explorar y a discernir con ella. Sus caminos no son únicamente los universales kantianos. De sus caminos, podemos nombrar —entre otros— algunos de sus más importantes senderos: la Filosofía, la Poesía, la Religión, la Literatura, la Ciencia, la Metafísica, el Misticismo... Y de cada uno de éstos podemos desprender otros tantos caminos, incluso de la combinación de elementos, podemos recrear las formas posibles del Humanismo. Al Humanismo le podemos descubrir y describir a partir del campo que se quiera en cuestión.

Por ello, el humanismo son muchos humanismos; por eso, *humanismo en esencia* es alteridad y es diferencia.

Pero la preocupación del humanismo es el Hombre. Su inmanencia es la base preocupal del humanismo; lo permanente del *homo sapiens* es fundamento de todo humanismo. Por ello no es una moda, no podría serlo.

El Humanismo es reflexión, no sólo razón; esta razón radica en que el hombre no es sólo razón. El humanismo es motivo de acción, resultado de acción, no sólo es *un* anterior o *un* posterior como especulación, importa pensarlo como efecto. Resulta ser movimiento como contemporáneo nuestro. Es espejo de tiempos y de hechos. Lo pensante y lo moviente, como lo afirmara Bergson. Como oficio de pensamiento, se sitúa frente al movimiento del *Kósmos* (palabra griega que puede significar “orden”). Esa es su práctica, que jamás ha sido el humanitarismo, que cosa tan distante y tan distinta del humanismo es. Ni la ingenuidad ni la ignorancia son argumentos válidos para pensar paralelas a estas categorías tan diferentes: humanismo, humanitarismo.

De los orígenes de Humanismo, bien podemos tener elementos de tal en culturas arcaicas (aunque éstas no se consideren como humanistas). Estos elementos son de significativa importancia, por ejemplo los heredados de las culturas, Hebrea, India o Maya, sólo por nombrar algunas. Sin embargo, el Humanismo como tal no existía en aquellos “remotos” meri-

dianos del tiempo histórico. Lo que sí había ya eran los elementos con los que reflexionar sobre el Hombre.

Como vocablo, el Humanismo es hijo del Medioevo; contemporáneo en sus orígenes a los del Renacimiento y a la vez de los del vocablo vital "Tolerancia". Y así como el Renacimiento es impensable sin la cosmovisión histórico-política y cultural de la antigüedad, el Humanismo así también lo es.

Como forma, el Humanismo es expresión moderna. Sus elementos son la universalidad de lo perenne del hombre. Nadie podría negar que Homero o los patrísticos son patrimonio eminentemente humanista, aunque la categoría *humanista* sea muy posterior al poeta o a estos pensadores y apologistas que señalamos.

El vocablo *humanista*, viene del latino *humanus* que Nebrija retoma para derivar *Humanal*, en su castellano medieval, pero que aparecerá como humanista hasta 1613 con Cervantes, probablemente tomado del italiano "*umanista*" usado ya, según Corominas, en 1490.

Pero pensando nuestras palabras, *humanus* no es, *ad litera*, *hómo*. *Hombre*, es animal racional, individuo, de género humano, y *Humano* es el género. Ergo, la reflexión filológica en torno a esta cuestión nos hace pensar más allá y decir que "*hu-manus*" tiene afinidad arcaica con "*fu-mus*" que significa *humo*. Al igual que de "*Homo*" se deriva el sentido de "*vir*", su parentesco está en la fonética antigua con "*pulverus*" que significa polvo (*pul* significa bien, bello, perfecto). De ahí quizá las sabias palabras sobre el Hombre, aquellas que dictan de nosotros que *polvo somos y a polvo vamos*.

Desprendiéndonos de la mística, hemos de decir que si el humanismo trata del hombre, por éste, humanísticamente enfocamos al de la reflexión retomada por Calderón y por Schopenhauer. Cuestión o visión paralela al de otros pensadores humanistas de gran peso como Pascal y Spinoza. Pascal, por ejemplo, dice: "Condición del Hombre: Ignorancia, Tedio, Inquietud",² y en otro lugar expresa: "Descripción del hombre: Depen-

²Pensamientos 24-127.

dencia, deseo de independencia, necesidades”.³ Spinoza dice del hombre en su ética:

Llamo servidumbre a la impotencia humana para gobernar y limitar los afectos; pero el hombre, sujeto a los afectos, no es dueño de sí, sino esclavo de la fortuna, en cuya potestad se halla de tal manera que a menudo se ve empujado a ir en pos de lo peor, a pesar de que advierta lo que es mejor para él.⁴

Y también en otros lugares de su obra el mismo Spinoza expresa: “La fuerza con que el hombre preserva en existir es restringida, y resulta superada infinitamente por la potencia de las causas externas”...⁵ “Si los hombres nacieran libres, no formarían concepto alguno de lo bueno y lo malo en tanto fueran libres”.⁶

Es esto, en efecto, la sustancia del por qué vemos al hombre no sólo como forma fisiológica en sí, sino que a la vez todo ello indica que existe *interioridad*, llámese alma, esencia, espíritu, conciencia, inconsciente, subconsciente, etcétera, decía Heráclito de Éfeso: “Los límites del alma (*psyché*) no los lograrías encontrarlos, aun recorriendo en tu marcha todos los caminos: tan honda es su razón (*lógos*).”⁷

Miseras mentes de los hombres, *oh pechos ciegos* dirá Lucrecio en su magistral poema *de rerum natura*. Pensamiento, pensamientos acordes a los atribuidos a Salomón que más bien parecen ser de origen pirroniano que se pueden leer en todo el *eclesiastés* bíblico: “I,2 *Vanitas vanitatum dixit Ecclesiastes; vanitas vanitatum, et omnia vanitas*”/ “Vanidad de vanidades dice el congregador, vanidad de vanidades, Todo es vanidad”. Pensamientos paralelos a los que encontramos en los *sutras*, por ejemplo, del shivaísmo de kachimira o a las sentencias de Buda.

El hombre, pues, en devenir, es temporalidad. Y lo es, básicamente

³ Pensamientos 78-126

⁴ Pref. a la 4a. Parte “De la serv. Humana.

⁵ Prop. III de la 4a Parte de la ética.

⁶ Prop. LXVIII de la 4a Parte de la ética.

⁷ Fr B45 Diels

porque es verbo, es logos, expresión frente a la "otredad"; porque el "otro" no es precisamente el "sujeto-otro" que interpreta, sino el lógos mismo.

Pero esta dinamis hacia el "sujeto-otro", es la que hace del hombre lo que éste expresa, lo que éste entiende y lo que éste hace. Aunque aún hoy no entendamos casi nada el *por qué* quiero éso, o más aún, el *por qué* quiero. Confucio decía que "*es posible hacer que los súbditos tomen una determinada dirección, pero no se podrá conseguir que sepan su por qué*".

En todo caso, esa razón de ser del hombre ha de ser y estar en la estética.

El humanismo se ha presentado en diversas épocas de maneras diversas, y no por ello en época alguna a partir de su aparición como tal ha dejado de estar presente. En nuestra época, ciertamente, el ejercicio de la vocación del humanismo es muy escaso, pero sus formas existen. Nunca este ejercicio y esta vocación ha sido de carácter masivo, aunque este ejercicio y esta vocación incumban a lo público.

Mundo y hombre han cambiado. Siguen cambiando tal vez sólo el contexto y medios del Hombre, pero quizá no él sí mismo. Sin embargo, a ese devenir nos referimos al hablar de su movimiento, del movimiento falaz del hombre. El humanismo entonces encuentra sus preocupaciones en ese cambio constante, teniendo a lo constante del hombre. No obstante, los argumentos, las explicaciones o las narraciones de este ejercicio humanista se presentan hoy, otras, de manera pseudo novedosa.

Nuestra época en términos de pensamiento —y pensando en las categorías del mundo—, tiene como característica el *asistematismo* epistémico y político; esto también se vislumbra en el arte. Es solamente una característica de nuestra decadente modernidad, o de nuestra naciente posmodernidad. No tenemos a un Pascal, a un Spinoza o a un Hegel, o en el caso del arte a un Miguel Angel o a un Velázquez. Pero sí tenemos ahora un gran comercio, y por qué no llamarle un gran mercado de lo que se puede vender, ¿libros, ideas, visiones? Existe una enorme producción bibliográfica, hemerográfica, filmica.

— Pero existen pocas ideas, ¿muchos títulos, poquísimas obras, poquí-

simos libros! Al igual que en el arte, ¡hay tan pocas obras y tantísimos comerciantes!

Si exploramos a Richard Rorty, realmente es sorprendente ver con qué facilidad cita hasta a quince autores juntos para decir nada y englobarlos a todos bajo un solo juicio. Si leemos y estudiamos a Junger Habermas, encontramos que si queremos saber sus ideas, mejor hay que ir a Adorno o a Hegel. En el caso de Niklas Luhuman, de inmediato nos damos cuenta que escribe sin demostrar mucho de lo que dice o quisiera decir. Ya no me refiero a Vattimo o a otros tantos autodenominados posmodernos, pues mi discernimiento en torno a sus pensamientos lo encontraremos en otra parte.

Y, sin embargo, son visiones válidas, aunque sea para pasar con calificación aprobatoria alguna asignatura de pensamiento moderno.

Pero nuestro siglo no está invadido sólo de basura o de fusiladores. Somos hoy contemporáneos de Martin Heidegger, de Eduardo Nicol, de Bertrand Russel, George Bataille, de Paul Ricoeur, de Alfonso Reyes, de Emilio Ciorán, de Mircea Eliade, Levinas, Danilo Zolo, Jaques Le Golf, de Borges, de Neruda, de Machado, y de tantísimos otros pensadores del más alto alcance en su producción para el mundo. Decía Antonio Caso: "Hagamos cuanto esté de nuestra parte por ser dúctiles, cambiantes, protéicos, para procurar ser hijos verdaderos de nuestro tiempo, discípulos no indignos de Goethe y contemporáneos inteligentes de Nietzsche..."⁸

Por supuesto, las raíces de la cultura contemporánea según los hechos de nuestro tiempo, no están solamente en la academia o en la cultura oficial. La violencia no es una novedad en la humanidad, recordemos a Homero o a Arquíloco, o si se prefiere al *Bagavad Githa*. Y, sin embargo, siempre se ha explicado —eso también perenne del hombre— según razón de cada cultura. Ergo el humanismo no debiera ser justificación de ella (de la violencia), sino motivo para su inexistencia, pero la realidad hace que el búho de Minerva llegue siempre a destiempo. El

⁸ Antología filosófica, Prólogo XVII.

humanismo como pretensión práctica, es sólo la práctica pretensión de una múltiple e inteligente política. No olvidemos que la *política como ética, es humanismo en práctica. El espíritu del humanismo está en la ética*; y uno de los estadios más altos de toda ética está en la política, por ello, la política es la paz, aunque ésta tenga como fundamento mismo el *pólemos*, el diverso lógos o la múltiple verdad.

Hoy hablamos de crisis, pero ¿cuándo no la ha habido? ¿Crisis de quién? El hombre como individuo y como ente social, siempre ha estado en son de la ruptura, que es lo que *ad litera* significa, “*crisis*”: *ruptura*. Es ésa la gran lectura sofóclea, acaso sea la lectura mayor de San Juan de la Cruz. Pero la angustia de la cotidianidad piensa, o mejor dicho, cree que no hay hoy humanismo. Muchos argumentos se dan por ignorancia. Existe una especie de humanismo renegado en las acciones de los hombres de poca eficacia en política.

Tenemos problemas, y muchos problemas como mundo moderno. La incredulidad hacia las Instituciones Públicas hace claudicar “*la fe*” en la vida, incluyendo a la *privada* misma. La vida privada no es ya garantía de privacidad, y muchos la quieren encontrar ahora —quizá como en toda la historia— en la compleja gama que va de la mística a la perversidad.

Frente al contexto humanista que rodea a la idea del hombre, la idea del quehacer político coincide con el caos que se vive en nuestro entorno del eterno presente. Parece que el *pensamiento político* como forma de congregar a las palabras más elegantes del discurso oficial explicante, sólo ha justificado —el escaso humanismo en acción— los fenómenos más atroces de los que somos testigos nosotros los contemporáneos de los conflictos armados y políticos del mundo. Justificación-explicación y hasta razón de estos hechos que se transforma rápidamente en materia exclusiva académica e intelectualoide, desprendiéndose las menos de las más veces de esto en el silencio; una labor de eficacia ausente frente a los márgenes de irracionalidad con los que vivimos en estos momentos.

El pensamiento en general científicista se ha transformado en el gran totalitario por excelencia frente a todo discurso que carezca de verdad lógica, aunque nada de epistémica y óptica tenga tal pensamiento que se jacta de científico. Pensamientos fascistas en su fundamento que olvidan

prontamente las bases de todo humanismo con el que nació *la tolerancia* (como herencia hebrea) que poco o nada tuvo que ver con las de los cristianismos y catolicismos medievales que sectariamente adoptaron la Santa Inquisición para todo aquel "*enemigo identificado*" simplemente porque no se pensaba como se quería que se pensase.

El *pensamiento político* que se escuda tras las faldas del discruso científico, sólo ha justificado —y sólo en los mejores casos— a una violencia excesiva y constante entre los hombres, entre los individuos, entre los sujetos, entre las sociedades, entre las culturas y entre los Estados. La idea de "política" parece que nació y murió sólo entre los griegos, y entre ellos, sólo como un ideal elevado a una pequeña práctica en un pequeñísimo tiempo allá con Pericles. El pensamiento político luego obtuvo sus primeras cauces prácticas concretas con la muerte de Platón. Después de la muerte de este filósofo, todos los integrantes de su *Academia*, se mataron unos a otros por la dirección de ésta. Esto lo sabe cualquier erudito sobre el tema.

Fue una democracia la que condenó a muerte a Sócrates, fue la plebe, fue la mayoría la que condenó a muerte a un hombre —de calibre sublime— llamado Jesús. Y ni el pensamiento más óptimo político o filosófico, hizo algo por salvar al filósofo ateniense, ni las sentencias sabias, ni los hechos cognocibles salvaron a aquel gran hombre de su crucifixión, ni aun después de la experiencia griega se salvó aquel en tiempos de los profetas. Es más: nace y se desarrolla "la idea de política" entre los griegos, sí, no obstante de nada, absolutamente de nada, les sirve a los griegos semejantes ideales frente a los alcances de los ejércitos romanos y son conquistados por la historia de sus batallas y no por la imposición de alguna idea sublime latina de frente a las griegas.

El Fracaso de la razón en general, se vive con la "*pérdida de la forma*", con el desconocimiento del otro, de la otredad, con el triunfo de la técnica sobre el fracaso del entendimiento. Y si le quiere entender a alguien es sólo para saber cómo destruirlo mejor.

Ya los presocráticos, los sutras védicos, después Spinoza y Hobbes, luego Nietzsche y muchísimos otros hablan desencantadamente de la humanidad no sin razón. El fracaso de la razón sólo es un capítulo del

continuo desocultamiento de que al parecer somos una naturaleza no lógica ni mecánica ni social ni individualmente, aunque el camino más fácil sea el pensar y el dirigir así a la historia y a los pueblos. ¿Por qué en la guerra sí existen instrumentos intelectuales “suficientes” para el diálogo frente a los discordantes? ¿Por qué los conflictos con violencia entre los Estados y entre los individuos si existe la palabra y los medios para escucharla y decirla? La política no es una fórmula para la vida feliz, ciertamente, empero, frente a este oficio que aspira al logro de consensos y búsqueda de equilibrios, ¿cuál es el sentido primordial del pensamiento político, del pensamiento humanístico? De alguna manera debemos de pensar que en gran medida el *conocimiento humanístico sin acción se ha vuelto sólo un buen adorno o, en su caso, sólo un instrumento altamente peligroso y eficaz para la guerra legítima*. Las guerras de mayor alcance y que siembran fundamentalismos atroces son las de las ideas, son las de los totalitarismos, son las religiosas que se escudan y portan las banderas de lo sagrado.

El divorcio de la vida con el conocimiento se palpa, ¿las palabras son insuficientes? ¿Hemos perdido la voz, el sentido de la voz? Hoy tenemos instrumentos para comunicarnos, pero lo que menos se quiere es conocer, sólo totalizar, tecnificar, informar, e informar no es conocer, informar no es educar.

El fracaso de la razón política se funda en un casi indiscutible decaimiento de legitimación pragmática y especulativa en la que se solidifica el conocimiento científico político. El parteaguas del pensamiento político con sus diversas implicaciones respecto a otras ciencias o disciplinas, se basa en su hacerse objeto de filosofía y problema antropológico. El mundo como fenómeno político se desenvuelve ajeno o casi ajeno al discurso del pensamiento académico político.

Hasta el momento este criterio —el académico—, es sólo coto de poder para algunos dentro de las aulas; hasta el momento gran parte del trabajo invertido en este “conocimiento”, sólo es instrumento para acreditar materias de escuelas y no para la toma de decisiones políticas, existe en gran medida sólo para justificar ciertas burocráticas de la erudicción formal o de Gobierno.

través de los más grandes cambios históricos, éstas, deberían de ser vertebrales.

El fracaso del pensamiento político exhorta a pensar críticamente y de buena fe en lo que estamos haciendo dentro de las Universidades; invita a reflexionar en no crear y hacer de antros educativos, nuevas iglesias en donde los sectarismos y fundamentalismos sean El Conocimiento, y no el amor por una vida honesta y plena de verosimilitud.